

Diez años de Revista Médica

Parece increíble que hayan pasado 10 años. Recuerdo que entonces todos hablábamos de la idea de hacer una revista. Nos entusiasmaba pero no hacíamos nada por concretarla, conversando con el Gerente General de la Clínica le aseguraba, sin mucho fundamento, claro está, que creía firmemente que era posible hacer una revista médica y mantenerla en el tiempo. Hoy veo que tenía razón.

Diez años después se observa con claridad que para mantener en el tiempo un proyecto como éste no bastan los médicos, se necesitan muchas personas y de muy variadas profesiones. Profesiones que los médicos o no conocen u miran con sospecha, como gente de marketing. Periodistas, administradores entre otros. Después de algunos años, finalmente entendimos que una revista médica es un proyecto editorial ante todo y luego un proyecto médico. Y que al poco andar se convierte en un encuentro de muchos mundos que hacen posible mantener una publicación, mientras hacen perder pie y autoridad a un profesional que en su trabajo normalmente es muy bien considerado. Habían pasado dos años desde la muerte de mi padre y hacer posible este proyecto significaba por un lado un homenaje a él y, por otro, un desafío a una cierta rebeldía mía de irme del SNS a una aventura de medicina privada. Tenía fija en mi mente esa idea de mi padre, producto de su experiencia, que la medicina privada era sólo un buen hotel pero sin esos conocimientos que se deben poner al día constantemente. En su perspectiva, sólo en un hospital tradicional los médicos están siempre al día y además son capaces de regalar el conocimiento pues no hay competencia comercial. Esa idea suya era muy fuerte en mí y, aunque me resistiera a considerarla verdadera, tenía escasos ejemplos a los que recurrir. Hoy veo que no habría podido renunciar al hospital si él hubiera estado vivo.

Como ven yo puedo hablar con claridad de los comienzos. Serán otros quienes hagan el recuento de lo que vino después.

Probablemente muchos de ustedes no lo saben, pero por aquellos años muchos creyeron que ésta era una idea bastante "light". Era el punto de vista tradicional, claro. Hubiera sido la opinión de mi padre seguramente. Yo no quería una revista "light". Esto nos parecía una necesidad, no una obsesión. Había que darle peso específico y afortunadamente había gente para entregárselo.

Pero, claro, también había gente para repetirle a uno hasta el cansancio que no valía la pena el esfuerzo, que sería otra más de esas miles de revistas que desaparecen después de unos pocos números. Había tantas dificultades, conseguir financiamiento, por ejemplo.

Cuando ingresé a Clínica Las Condes tuve el honor de pertenecer a su comité docente. Ese grupo de médicos quería desde la fundación de la clínica -es decir, varios años atrás- tener una revista médica que reflejara todas las actividades académicas, nuestra manera de hacer medicina, de reflexionar frente al enfermo, la manera de resolver problemas complejos, de tener una UTI de una tremenda sofisticación con resultados largamente

superiores a los tradicionales, etc. Así, casi sin darnos cuenta, estábamos dejando por escrito con nuestra revista que la medicina privada podía no solo ser buena sino muy buena.

Coincidió la inauguración de esta revista con el regreso de la democracia y la búsqueda por parte del nuevo gobierno de una medicina pública de mejor nivel. Era una época en que el hospital era todo y venía una esperanza de que la medicina pública se prometía volver a los estándares que siempre tuvo antes de la revolución tecnológica y que miraba con sospecha a una clínica privada que se decía a sí misma el "gran hospital privado".

Entonces, contactamos una empresa periodística de gran prestigio dirigida por Gloria Stanley para obtener desde un principio una diagramación atractiva, papel de alta calidad. Colorido, etc, que nos permitiera tener una presencia distinta a las revistas académicas tradicionales y al mismo tiempo conseguir buenos auspiciadores que nos ayudaran a financiarla.

Otras clínicas comenzaron a mirarnos con admiración por nuestra capacidad de convocatoria y creo que hasta ahora no ha aparecido otra publicación con las mismas características: incluso las revistas universitarias han ido desapareciendo. Pero alcanzar este nivel requirió algo de esfuerzo y decisión más que el que necesitamos para sacar el primer número. Tuvimos que aprender a rechazar artículos, a pedirle a sus autores que los rehicieran. Sabíamos que si teníamos finalmente nuestra revista era para hacer de ella lo mejor que podíamos imaginar. Recuerdo haber conversado muchas veces a la hora de almuerzo con mis colegas sobre lo que estaban publicando o investigando. Yo les pedía uno a uno colaboración y con la enfermera Luz. Sutil los perseguíamos como perros detrás de una presa. Pronto nos llegaron felicitaciones de provincias, de lejanas bibliotecas recibíamos cartas pidiendo algún número que les faltaba y así poner al día sus colecciones.

Ahora está asentada, pero entonces ni nosotros casi nos creíamos la aventura. Yo nunca dudé que sería una revista de largo aliento. Uno o dos años antes había participado en un curso con Fernando Flores quien traía las buenas nuevas: de los fracasos se sacan experiencias positivas. Mi salida del hospital aparecía como un quiebre pero que traía nuevas posibilidades. Hoy puedo ver no sólo como vuela el tiempo sino como surgen éxitos de supuestos fracasos como la hierba en la tierra húmeda. Hoy veo también que hemos demostrado (me demostré también a mí mismo) que desde la empresa privada es posible dar consejos y que se pueden hacer cosas de beneficio para todo el país, llegando hasta las zonas más lejanas.

Dr. [José Antonio del Solar H.](#)
[Departamento de Medicina Interna](#)